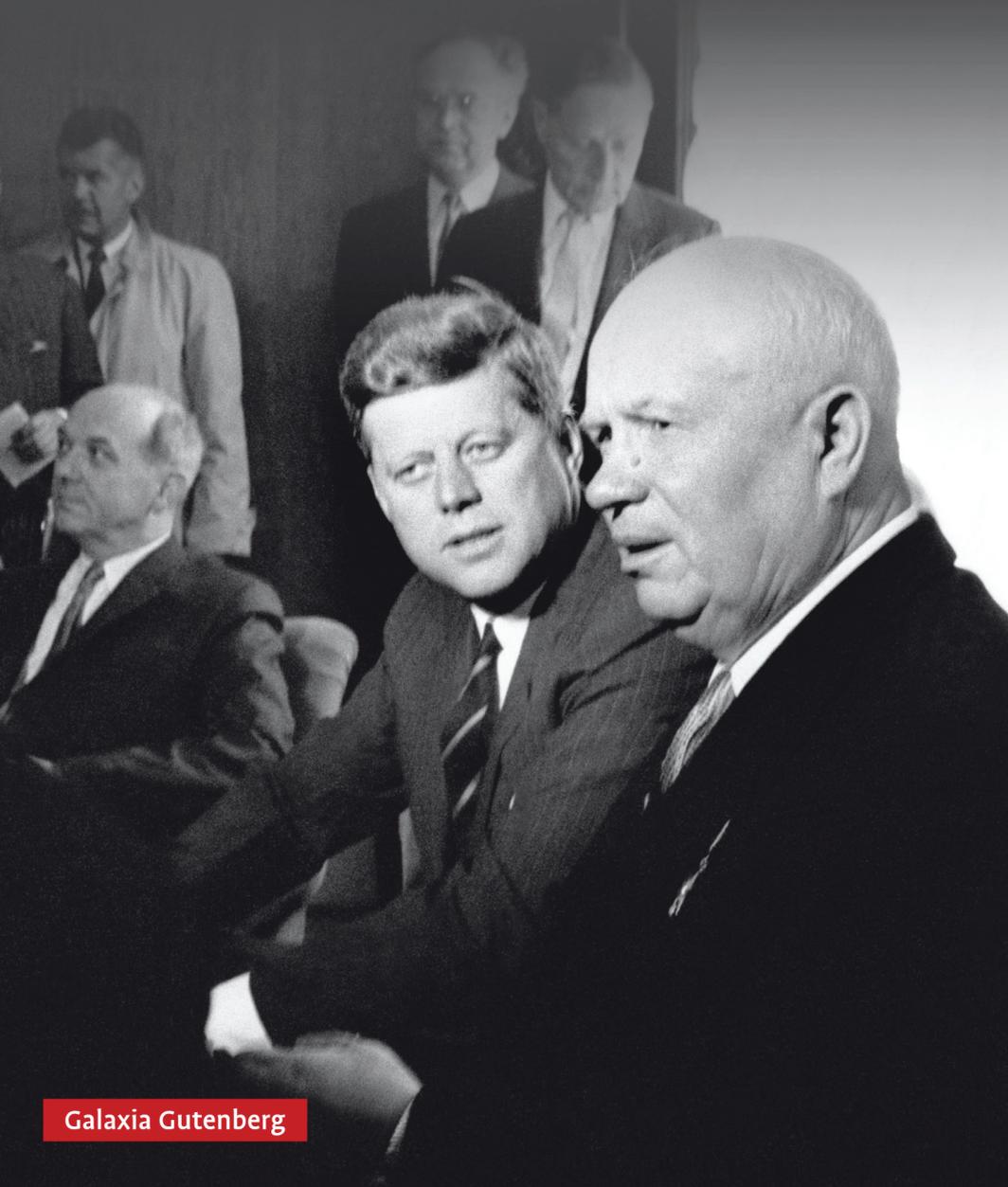


Odd Arne Westad

La Guerra Fría

Una historia mundial



Galaxia Gutenberg

ODD ARNE WESTAD

La Guerra Fría

Una historia mundial

Traducción de
Alejandro Pradera e Irene Cifuentes

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Cold War: A World History*
Traducción del inglés: Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2018

© Odd Arne Westad, 2017
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 21216-2018
ISBN: 978-84-17355-55-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria de Oddbjørg Westad (1924-2013)
y Arne Westad (1920-2015)*

Índice

Un mundo por hacer	II
1. Puntos de partida	29
2. Las pruebas de la guerra	55
3. Las asimetrías de Europa	83
4. Reconstrucciones	113
5. La nueva Asia	145
6. Tragedia coreana	175
7. Esferas orientales	199
8. La creación de Occidente	227
9. El azote de China	251
10. Imperios rotos	279
11. Las contingencias de Kennedy	307
12. Encuentro con Vietnam	333
13. La Guerra Fría y América Latina	359
14. La era de Brézhnev	385
15. Nixon en Beijing	415
16. La Guerra Fría e India	443
17. Vorágines en Oriente Medio	469
18. El fracaso de la distensión	495
19. Malos presagios en Europa	521
20. Gorbachov	547
21. Transformaciones globales	573
22. Realidades europeas	599
El mundo que nos dejó la Guerra Fría	635
Criterios y agradecimientos	649
Notas	655
Índice analítico	699

Un mundo por hacer

A mediados de la década de 1960, en Noruega, cuando yo era niño, el mundo en el que crecí estaba delimitado por la Guerra Fría. La Guerra Fría dividía familias, ciudades, regiones y países. Propagaba el miedo y no poca confusión: ¿podía uno estar seguro de que la catástrofe nuclear no fuera a ocurrir mañana? ¿Qué podría desencadenarla? Los comunistas –que eran un grupo minúsculo en mi ciudad natal– padecían la desconfianza de los demás por tener un punto de vista diferente y acaso –como se repetía bastante a menudo– una lealtad distinta, no a nuestro propio país, sino a la Unión Soviética. En un lugar que había sido ocupado por la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, la segunda cuestión era un asunto grave: implicaba traición, en una región que era muy recelosa de los traidores. Mi país limitaba con la Unión Soviética por el norte, y ante el mínimo aumento de la temperatura de los asuntos internacionales, también escalaba la tensión a lo largo del río, helado casi en su totalidad, donde se había delimitado la frontera. Incluso en la apacible Noruega el mundo estaba dividido, y a veces cuesta recordar lo intensos que eran sus conflictos.

La Guerra Fría fue una confrontación entre el capitalismo y el socialismo que alcanzó su punto álgido entre 1945 y 1989, aunque sus orígenes se remontan a una época muy anterior, y sus consecuencias aún pueden sentirse hoy en día. En su apogeo, la Guerra Fría llegó a constituir un sistema internacional, en el sentido de que las principales potencias del mundo basaban su política exterior en algún tipo de relación con ella. Los pensamientos y las ideas antagónicas que contenía dominaban la mayor parte de los discursos de ámbito nacional. No obstante, incluso en los momentos de máxima confrontación, la Guerra Fría no era el único juego de moda –aunque sí era el predominante; durante los últimos años del siglo xx asistimos a muchos acontecimientos históricos que no habían sido ni creados ni determinados por ella. La Guerra Fría no lo decidía todo, pero influía en la mayoría de

las cosas, y a menudo a peor: la confrontación contribuía a consolidar un mundo dominado por las superpotencias, un mundo donde el poderío y la violencia —o la amenaza de violencia— eran las varas de medir de las relaciones internacionales, y donde las creencias tendían a lo absoluto: el único sistema bueno era el de uno. El otro sistema era intrínsecamente maligno.

Gran parte del legado de la Guerra Fría se centra en ese tipo de absolutos. En su peor vertiente pueden reconocerse en las guerras de Estados Unidos en Irak y Afganistán: las certezas morales, la evitación del diálogo, la fe en las soluciones puramente militares. Pero también pueden apreciarse en la creencia doctrinaria de los mensajes sobre el libre mercado, o en el enfoque que pretende solucionar desde arriba los males sociales o los problemas generacionales. Algunos regímenes todavía reivindican modalidades autoritarias de legitimidad que se remontan a la Guerra Fría: China, por supuesto, es el mejor ejemplo, y Corea del Norte el más pavoroso, pero también hay docenas de países, desde Vietnam y Cuba hasta Marruecos y Malasia, que incorporan en sus sistemas de Gobierno elementos significativos de la Guerra Fría. Muchas regiones del mundo siguen viviendo con amenazas medioambientales, con divisiones sociales o con conflictos étnicos fomentados por el último gran sistema internacional. Algunos críticos afirman que el concepto de crecimiento económico indefinido, que a largo plazo podría poner en riesgo el bienestar de la Humanidad, o incluso su supervivencia, fue —en su forma moderna— una creación de las rivalidades de la Guerra Fría.

Para ser justos (por una vez) con un sistema internacional, la Guerra Fría, o al menos la manera en que se terminó el conflicto, también tuvo otros aspectos menos perjudiciales. Muy pocos europeos occidentales o asiáticos del sudeste habrían preferido vivir en el tipo de Estados comunistas que se crearon en las regiones orientales de sus respectivos vecindarios continentales. Y, aunque habitualmente se condena rotundamente el legado de las intervenciones estadounidenses en Asia, una mayoría de europeos estaba y está convencida de que la presencia militar de Estados Unidos dentro de sus fronteras contribuyó al mantenimiento de la paz y al desarrollo de las democracias. Y por supuesto, el hecho mismo de que la confrontación de la Guerra Fría entre las superpotencias concluyera pacíficamente fue de suma importancia. Con un arsenal de armas nucleares suficiente para destruir el mundo varias veces, todos dependíamos de la moderación y la sabiduría para

evitar un apocalipsis atómico. Puede que la Guerra Fría no fuera la larga paz que algunos historiadores han querido ver en ella.¹ Pero en los niveles superiores del sistema internacional –entre Estados Unidos y la Unión Soviética– se evitó la guerra durante el tiempo suficiente para que se produjeran cambios. Para nuestra supervivencia todos dependíamos de ese largo aplazamiento.

Así pues, ¿cuán especial fue la Guerra Fría como sistema internacional en comparación con otros sistemas de ese tipo a lo largo de la historia? Aunque la mayoría de los órdenes mundiales suelen ser multipolares –están formados por muchas potencias rivales– hay algunas comparaciones posibles. Por ejemplo, la política europea entre mediados del siglo XVI y principios del XVII estuvo profundamente condicionada por una rivalidad bipolar entre España e Inglaterra, que tenía algunas características en común con la Guerra Fría. Sus orígenes eran profundamente ideológicos, ya que los monarcas de España estaban convencidos de que representaban al catolicismo, y los de Inglaterra, al protestantismo. Cada uno de ellos formaba alianzas con sus hermanos ideológicos, y las guerras tenían lugar lejos de los centros de los imperios. La diplomacia y las negociaciones eran limitadas –cada potencia consideraba a la otra como su enemigo natural y reconocido. Las élites de cada uno de los países creían fervientemente en su causa, y estaban convencidas de que el curso de los siglos venideros dependía de quién ganara la contienda. El descubrimiento de América y el avance de las ciencias en el siglo de Kepler, Tycho Brahe y Giordano Bruno elevaron mucho la apuesta; existía la convicción de que quien saliera vencedor no solo iba a dominar el futuro, sino a tomar posesión de él para sus propios fines.

Sin embargo, al margen de la Europa del siglo XVI, la China del siglo XI (el conflicto entre los Estados de las dinastías Song y Liao) y, por supuesto, la muy estudiada rivalidad entre Atenas y Esparta en la Antigüedad griega, los ejemplos de sistemas bipolares son bastante escasos. A lo largo del tiempo, la mayoría de las regiones han tendido a lo multipolar o, aunque con bastante menor frecuencia, a lo unipolar. Por ejemplo, en Europa, predominó la multipolaridad en la mayoría de las épocas tras el hundimiento del Imperio carolingio a finales del siglo IX. En Asia oriental, el Imperio chino fue predominante desde la dinastía Yuan, en el siglo XIII, hasta la dinastía Qing, en el XIX. Tal vez la relati-

va ausencia de sistemas bipolares no sea difícil de explicar. Como exigen alguna forma de equilibrio, resultaban más difíciles de mantener que los sistemas unipolares, basados en los imperios, o que los multipolares, de amplio espectro. Además, en la mayoría de los casos, los sistemas bipolares dependían de otros estados que no estaban directamente bajo el control de las superpotencias, pero que a pesar de todo participaban de alguna forma en el sistema, normalmente a través de la identificación ideológica. Y en todos los casos, salvo en la Guerra Fría, acabaron en conflictos bélicos catastróficos: la guerra de los Treinta años, el hundimiento de la dinastía Liao, o las guerras del Peloponeso.

No cabe duda de que el fervor de la confrontación de ideas contribuyó sensiblemente a la bipolaridad de la Guerra Fría. La ideología predominante en Estados Unidos, que hacía hincapié en los mercados, la movilidad y la mutabilidad, era universalista y teleológica, y llevaba incorporada la convicción de que todas las sociedades de extracción europea avanzaban necesariamente en la misma dirección general que Estados Unidos. Desde el primer momento, el comunismo –la peculiar modalidad de socialismo que se desarrolló en la Unión Soviética– se creó como la antítesis de la ideología capitalista que representaba Estados Unidos: un futuro alternativo, por así decirlo, que los pueblos de todo el mundo podían alcanzar por sí mismos. Al igual que muchos estadounidenses, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que las «viejas» sociedades, basadas en las identificaciones locales, en la deferencia social y en la justificación del pasado, estaban muertas. Se competía por la sociedad del futuro, que únicamente tenía dos versiones plenamente modernas: el mercado, con todas sus imperfecciones e injusticias, y la planificación, que era racional e integral. La ideología soviética hizo del Estado una máquina que funcionaba para la mejora de la humanidad, mientras que la mayoría de estadounidenses veían con desagrado el poder estatal centralizado, y tenían miedo de sus consecuencias. El escenario estaba preparado para una intensa rivalidad, donde daba la impresión de que lo que estaba en juego no era ni más ni menos que la supervivencia del mundo.

Este libro pretende encuadrar la Guerra Fría como un fenómeno global, con una perspectiva de cien años. Arranca en la década de 1890, con la primera crisis capitalista global, con la radicalización del movi-

miento obrero europeo, y con la expansión de Estados Unidos y Rusia como imperios transcontinentales. Concluye en torno a 1990, con la caída del Muro de Berlín, con el derrumbe de la Unión Soviética, y con el triunfo final de Estados Unidos como verdadera potencia hegemónica mundial

Mi intención, al adoptar una perspectiva de cien años para examinar la Guerra Fría, no es subsumir otros acontecimientos trascendentales—las guerras mundiales, el colapso colonial, los cambios económicos y tecnológicos, el deterioro medioambiental— en un marco pulcramente ordenado. Por el contrario, mi propósito es comprender cómo el conflicto entre el socialismo y el capitalismo influyó en, y fue influido por, los acontecimientos mundiales a gran escala. Pero también aspiro a comprender por qué una serie de conflictos se repitieron una y otra vez a lo largo de todo el siglo, y por qué todos los demás aspirantes al poder—material o ideológico—tuvieron que ceñirse a ella. La Guerra Fría se desarrolló a lo largo de las líneas de falla de los conflictos, a partir de finales del siglo XIX, en el momento en que la modernidad europea parecía estar llegando a su apogeo.

Mi argumento, si cabe hablar de *un* argumento en un libro tan extenso, es que la Guerra Fría nació de las transformaciones mundiales de finales del siglo XIX, y pasó a mejor vida cien años después, a raíz de unos cambios increíblemente rápidos. Por consiguiente, tan solo es posible entender la Guerra Fría como conflicto ideológico y al mismo tiempo como sistema internacional en términos de los cambios económicos, sociales y políticos que son mucho más amplios y profundos que los acontecimientos que provocó la Guerra Fría en sí. Su principal relevancia puede entenderse de distintas formas. En un libro anterior, yo argumentaba que los cambios profundos y a menudo violentos en Asia, África y América Latina tras el periodo colonial fueron una consecuencia primordial de la Guerra Fría.² Pero el conflicto también tenía otros significados. Puede concebirse como una etapa en el ascenso de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Puede contemplarse como la (lenta) derrota de la izquierda socialista, sobre todo en la modalidad que adoptó Lenin. Y puede describirse como una fase aguda y peligrosa de las rivalidades internacionales, que surgió de los desastres de dos guerras mundiales, y que posteriormente se vio desbordada por nuevas líneas divisorias mundiales en las décadas de 1970 y 1980.

Cualquiera que sea el aspecto de la Guerra Fría que uno desee destacar, es esencial reconocer la intensidad de las transformaciones eco-

nómicas, sociales y tecnológicas en las que tuvo lugar el conflicto. Durante los cien años transcurridos entre las décadas de 1890 y 1990, se asistió a la creación (y destrucción) de los mercados mundiales a un ritmo vertiginoso. Se asistió al nacimiento de unas tecnologías con las que las generaciones anteriores ni siquiera podrían haber soñado, algunas de las cuales se utilizaron a fin de incrementar la capacidad del género humano para dominar y explotar a los demás. Y durante esos cien años se experimentó un rápido cambio en las pautas de vida en todo el mundo, con un ascenso de la movilidad y de la urbanización casi por doquier. Todas las formas del pensamiento político, tanto de izquierdas como de derechas, se vieron influidas por la rapidez y la voracidad de dichos cambios.

Además de la importancia de las ideologías, la tecnología fue una de las principales razones de la longevidad de la Guerra Fría como sistema internacional. Durante las décadas posteriores a 1945, se asistió a la acumulación de unos arsenales tan inmensos de armas nucleares que —por supuesto la paradoja no dejará de advertirla el lector— para poder garantizar el futuro del mundo, ambas superpotencias se preparaban para destruirlo. El armamento nuclear, como le gustaba decir al dirigente soviético Iósif Stalin, fue «un armamento de un nuevo tipo»: no se trataba de armas para el campo de batalla, sino de armas para borrar del mapa ciudades enteras, como hizo Estados Unidos con las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en 1945. Pero únicamente las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, poseían suficiente armamento nuclear como para amenazar al mundo con la aniquilación total.

Como siempre ocurre en la historia, durante el siglo xx se asistió al desarrollo más o menos paralelo de múltiples historias importantes. El conflicto entre el capitalismo y el socialismo influyó en casi todas esas historias, como es el caso de las dos guerras mundiales y de la Gran Depresión de la década de 1930. Hacia el final del siglo, algunos de esos acontecimientos contribuyeron a que la Guerra Fría quedara obsoleta como sistema internacional, pero también como el conflicto ideológico predominante. Por consiguiente, es bastante posible que los historiadores del futuro resten importancia a la Guerra Fría, ya que, desde su punto de vista, concederán mayor relevancia a los orígenes del poderío económico de Asia, o al comienzo de la exploración espacial, o a la erradicación de la viruela. La historia siempre ha sido una intrincada telaraña de significado y de relevancia, donde resulta pri-

mordial el punto de vista del historiador que la escribe. A mí me obsesiona el papel que desempeñó la Guerra Fría a la hora de crear el mundo que conocemos hoy en día. Pero eso, por supuesto, no es lo mismo que conceder prioridad a la crónica de la Guerra Fría respecto a todas las demás. Equivale, simplemente, a afirmar que durante un largo periodo de tiempo, el conflicto entre el socialismo y el capitalismo influyó profundamente en la forma de vivir de la gente, y en lo que pensaba sobre la política, tanto a escala local como mundial.

En términos generales, la Guerra Fría se produjo en el contexto de dos procesos de profundos cambios en la política internacional. El primero fue la aparición de nuevos estados, creados más o menos conforme a la pauta de los estados europeos del siglo XIX. En 1900 había en el mundo menos de cincuenta estados independientes, de los que aproximadamente la mitad estaban en América Latina. Ahora hay casi doscientos, que en su mayoría se asemejan extraordinariamente en su forma de Gobierno y en su administración. El segundo cambio fundamental fue el ascenso de Estados Unidos como la potencia mundial dominante. En 1900, el presupuesto de Defensa de Estados Unidos ascendía, en dólares estadounidenses de 2010, a aproximadamente 10.000 millones, un aumento extraordinario respecto a años anteriores, gracias a la guerra hispano-estadounidense y a las operaciones contra la insurgencia en Filipinas y en Cuba. Hoy en día, ese gasto se ha multiplicado por cien, hasta alcanzar la cifra de un billón de dólares. En 1870, el producto interior bruto (PIB) de Estados Unidos suponía el 9 % del total mundial; en el momento de máximo apogeo de la Guerra Fría, estaba en torno al 28 %. Incluso hoy en día, tras años de supuesto declive de Estados Unidos, es de aproximadamente el 22 %. Por consiguiente, la Guerra Fría cobró forma en una era de proliferación de nuevos estados y de ascenso del poder de Estados Unidos, y ambos factores iban a contribuir a determinar la dirección que asumió el conflicto.

Además, esos cambios internacionales garantizaron que la Guerra Fría se desarrollara en un marco donde el nacionalismo era una fuerza duradera. Aunque aparentemente quienes creían en el socialismo o en el capitalismo como sistemas sociales y económicos siempre deploraban el nacionalismo, los llamamientos a algún tipo de identidad nacional a veces podían imponerse a los planes mejor trazados para el progreso humano. Una y otra vez, los grandiosos planes de modernización, las alianzas o los movimientos transnacionales tropezaban con el

primer obstáculo que interponían en su camino el nacionalismo u otras modalidades de la política identitaria. Aunque el nacionalismo –por definición– también tenía claras limitaciones como marco mundial (como demuestran las derrotas de los estados ultranacionalistas de Alemania, Italia y Japón en la Segunda Guerra Mundial), siempre fue un impedimento para quienes pensaban que el futuro pertenecía a las ideologías universalistas.

Por consiguiente, incluso en el apogeo de la Guerra Fría, entre 1945 y 1989, la bipolaridad siempre tuvo sus limitaciones. A pesar de su atractivo a escala mundial, ni el sistema soviético ni el estadounidense se replicaron del todo en otros países. Probablemente ese tipo de clonación no era posible, ni siquiera a juicio de sus más fervientes ideólogos. En términos de desarrollo social, el resultado fueron unas economías o bien capitalistas o bien socialistas con una fuerte influencia local. En algunos casos, esa mixtura no era vista con buenos ojos por los líderes políticos, que aspiraban a que se pusiera en práctica una forma no adulterada de sus ideales políticos. Pero –afortunadamente para la mayoría, cabría decir– era necesario transigir. Países como Polonia o Vietnam suscribían un ideal de tipo soviético para su desarrollo, pero a todos los efectos siguieron siendo muy diferentes de la Unión Soviética, de la misma forma que Japón o la República Federal de Alemania –a pesar de la profunda influencia estadounidense– siempre fueron muy distintos de Estados Unidos. Un país como India, con su peculiar mezcla de democracia parlamentaria y de minuciosa planificación económica, estaba aún más lejos de cualquier tipo de ideal de la Guerra Fría. A ojos de sus propios dirigentes, y de sus más enérgicos partidarios en otros países, tan solo las dos superpotencias fueron siempre puras, como modelos a imitar en otras partes del mundo.

En cierto sentido, eso no es de extrañar. Los conceptos de la modernidad en Estados Unidos y en la Unión Soviética tuvieron un punto de partida común a finales del siglo XIX, y conservaron muchos elementos en común a lo largo de toda la Guerra Fría. Ambos conceptos tuvieron su origen en la expansión de Europa, y de las formas de pensar europeas, a escala mundial a lo largo de los tres siglos anteriores. Por primera vez en la historia, un centro –Europa y sus vástagos– había llegado a dominar el mundo. Los europeos habían creado unos imperios que poco a poco se adueñaron de la mayor parte del planeta, y colonizaron con su propia gente tres continentes. Se trataba de un giro sin precedentes, que llevó a algunos europeos, y a la población de ascen-

dencia europea, a creer que podían asumir el control del futuro del mundo entero a través de las ideas y las tecnologías que ellos habían desarrollado.

Si bien esa forma de pensar tenía unas raíces históricas mucho más profundas, su apogeo llegó en el siglo XIX. Una vez más, no debería extrañarnos: el siglo XIX fue sin duda alguna la era en que la ventaja de los europeos sobre todos los demás culminó en términos de tecnología, producción y poderío militar. La confianza en, y la dedicación a, lo que algunos historiadores han denominado los «valores de la Ilustración» —la razón, la ciencia, el progreso, el desarrollo y la civilización como sistema— surgían evidentemente de la preponderancia del poder europeo, como ocurrió con la colonización de África, del sudeste asiático y con el sometimiento de China y de la mayor parte del mundo árabe. A finales del siglo XIX, Europa y sus vástagos, incluidos Rusia y Estados Unidos, ya eran los amos absolutos, a pesar de sus divisiones internas, y por consiguiente también lo eran las ideas que proyectaban.

Durante la época de predominio europeo, sus ideas fueron germinando poco a poco en otros lugares. La modernidad asumía distintas formas en las diferentes partes del mundo, pero las esperanzas de las élites locales en la creación de sus propias civilizaciones industriales se extendían desde China y Japón hasta Irán y Brasil. Los factores clave de la moderna transformación que dichos países aspiraban a emular eran la primacía de la fuerza de voluntad humana sobre la naturaleza, la capacidad de mecanizar la producción mediante nuevas formas de energía, y la creación de un Estado-nación con una masiva participación del sector público. Irónicamente, esa difusión de unas ideas de origen europeo marcó el principio del fin de la era de predominio europeo; los pueblos de otras partes del mundo deseaban la modernidad para sí mismos, a fin de defenderse mejor de los imperios que los sojuzgaban.

Incluso en el núcleo de la modernidad europea, a lo largo del siglo XIX fueron desarrollándose rivalidades ideológicas que, al final, iban a provocar la voladura del concepto de una única modernidad. A medida que iba arraigando la sociedad industrial, fueron desarrollándose numerosas críticas que cuestionaban no tanto la modernidad en sí, sino más bien su finalidad última. Algunos afirmaban que la extraordinaria transformación de la producción y la sociedad que estaba teniendo lugar forzosamente tenía que consistir en algo más que enriquecer a unas cuantas personas y que la expansión de unos pocos im-

perios europeos en África y Asia. Tenía que haber un propósito que compensara –por lo menos en términos históricos– la miseria humana generada por los procesos de industrialización. Algunos de aquellos críticos se aliaron con otros que afirmaban deplorar la industrialización en su conjunto, y que en algunos casos idealizaban las sociedades preindustriales. Los disidentes exigían nuevos sistemas políticos y económicos, basados en el apoyo de los hombres y mujeres corrientes que estaban siendo arrojados a la centrifugadora del capitalismo.

La más fundamental de esas críticas era el socialismo, un término que se popularizó en la década de 1830, pero cuyas raíces se remontan a la Revolución francesa. Sus ideas centrales son la propiedad pública, no la propiedad privada, de los bienes y los recursos, y la expansión de la democracia de masas. Para empezar, bastantes socialistas echaban la vista atrás en la misma medida que miraban al futuro. Celebraban el igualitarismo de las comunidades campesinas o, en algunos casos, la crítica religiosa al capitalismo, a menudo relacionada con el Sermón de Jesús en la Montaña: «Al que te pida, dale, y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues».

Pero en la década de 1860 las primeras formas de pensamiento socialista empezaron a sentir la presión de las ideas de Karl Marx y de sus seguidores. A Marx, un alemán que quería organizar los principios socialistas en forma de una crítica radical del capitalismo, le preocupaba más el futuro que el pasado. Postulaba que el socialismo se desarrollaría de forma natural a partir del caos de los cambios económicos y sociales de mediados del siglo XIX. A juicio de Marx, ni el orden feudal de antaño ni el orden capitalista del presente podían afrontar los desafíos de la sociedad moderna. Ambos debían ser sustituidos por un orden socialista basado en principios científicos para gestionar la economía. Dicho orden se haría realidad a través de una revolución del proletariado, de los obreros industriales que carecían de propiedades. «El proletariado –decía Marx en su *Manifiesto comunista*–, se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.»³

Durante el siglo XIX, los partidarios de Marx, que se autodenominaron comunistas tras su *Manifiesto*, nunca constituyeron más que pequeños grupos, pero tenían una influencia mucho mayor que su nú-

mero. Lo que los caracterizaba era en gran medida la intensidad de sus convicciones y su internacionalismo radical. Allí donde otros movimientos de la clase trabajadora aspiraban a un progreso gradual y hacían hincapié en las reivindicaciones económicas de los desfavorecidos a los que representaban, los seguidores de Marx destacaban la necesidad de una lucha de clases implacable para la conquista del poder político a través de la revolución. Consideraban que los obreros no tenían patria ni rey. Pensaban que la lucha por un mundo nuevo no tenía fronteras, mientras que la mayoría de sus rivales eran nacionalistas y, en algunos casos, imperialistas.

Su internacionalismo y su dogmatismo antidemocrático eran las principales razones de que los marxistas perdieran terreno frente a otros movimientos de la clase obrera a finales del siglo XIX. Por ejemplo, en la Alemania de Marx, el establecimiento de un nuevo Estado unitario fuerte en tiempos de Bismarck en la década de 1870 fue bien acogido por muchos obreros, que veían la construcción de la nación como algo preferible a la lucha de clases. Pero el propio Marx, entrevistado en su cómodo exilio del barrio londinense de Haverstock Hill, condenaba el nuevo Estado alemán por considerarlo «la consolidación del despotismo militar y la opresión implacable de las masas productivas». ⁴ En 1891, cuando el Partido Socialdemócrata alemán destacaba en su programa que el principal objetivo político era la lucha por la democracia, también fue rotundamente condenado por los marxistas. Los socialdemócratas habían exigido el «sufragio universal, igual y directo, con votación secreta en todas las elecciones, para todos los ciudadanos». ⁵ Friedrich Engels, el colaborador y sucesor de Marx, consideraba que eso equivalía a «quitar la hoja de parra al absolutismo y colocarse uno mismo como pantalla para encubrir la desnudez». «Este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles “honestos” –decía Engels–, pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo “honesto” es, quizá, más peligroso que todos los demás.» ⁶

En la década de 1890 los partidos socialdemócratas ya se habían establecido por toda Europa y las Américas. Aunque a veces su crítica al sistema capitalista se inspiraba en el marxismo, la mayoría de ellos hacía hincapié en las reformas antes que en la revolución, y hacían campaña a favor de la extensión de la democracia, de los derechos de los trabajadores y de unos servicios sociales accesibles para todos. Unos cuantos ya se habían convertido en partidos de masas, vincula-

dos a los movimientos sindicales de sus respectivos países. En Alemania, el Partido Socialdemócrata consiguió un millón y medio de votos en las elecciones de 1890, casi el 20 % del total (aunque tan solo obtuvo un pequeño número de escaños parlamentarios debido a unas leyes electorales injustas). En los países nórdicos, las cifras eran similares. En Francia, la Federación de Trabajadores Socialistas ya había empezado a hacerse con el control de los gobiernos municipales en la década de 1880. A pesar de las críticas de Engels y otros, la mayoría de los partidos socialdemócratas estaban impulsando la democracia, al tiempo que empezaban a beneficiarse de sus frutos.

La crisis económica mundial de la década de 1890 lo cambió todo. Al igual que la crisis de 2007-2008, empezó en 1890 con la práctica insolvencia de un banco importante, en este caso el Baring's Bank británico, provocada por una excesiva asunción de riesgos en los mercados extranjeros. La *City* londinense había conocido crisis peores, pero en aquella ocasión la diferencia fue que el problema se propagó rápidamente debido a una mayor interdependencia económica, llegando a infectar a las economías de todo el mundo. Por consiguiente, a principios de la década de 1890 se asistió a la primera crisis económica mundial, con altos índices de desempleo (que en un momento dado casi llegaron al 20 % en Estados Unidos), y un masivo descontento de los trabajadores. Muchos obreros, e incluso los jóvenes profesionales —que por primera vez afrontaban unas altas cifras de paro— se preguntaban si el capitalismo estaba acabado. Incluso muchos miembros del *establishment* empezaban a hacerse la misma pregunta, a medida que cundía el descontento. Un sector de la extrema izquierda —principalmente los anarquistas— iniciaron campañas terroristas contra el Estado. Entre 1892 y 1894 se produjeron once atentados con bombas a gran escala en Francia, entre ellos uno en la Asamblea Nacional. A lo largo y ancho de Europa y Estados Unidos se producían atentados mortales contra los dirigentes políticos: el presidente de Francia en 1894, el presidente del Gobierno español en 1897, la emperatriz de Austria en 1898 y el rey de Italia en 1900. Al año siguiente, el presidente estadounidense William McKinley fue asesinado en la Exposición Panamericana de Buffalo, en el estado de Nueva York. Los mandatarios de todo el mundo estaban indignados y asustados.

La agitación de la década de 1890 provocó la escisión de los movimientos socialdemócratas, al tiempo que eran objeto de ataques sin precedentes de los patronos y los gobiernos. Se aplastaban las huelgas,

a menudo de forma violenta. Se encarcelaba a los socialistas y a los sindicalistas. Las secuelas de la primera crisis económica mundial constituyeron un revés para los avances democráticos de las décadas anteriores. Además, provocaron la revitalización de la extrema izquierda entre los socialistas, que consideraban que la democracia no era más que un escaparate para la burguesía. Ese fue el ambiente que vivió el joven Vladímir Ilich Uliánov, que adoptó el nombre de Lenin, al igual que los muchos otros militantes que iban a imprimir un giro a la izquierda a los movimientos socialistas y obreros en Europa durante los primeros años del siglo xx.

En el seno de las organizaciones obreras, los distintos sectores sacaron diferentes conclusiones de la crisis. Muchos de ellos habían esperado que el capitalismo se derrumbara por sí solo a consecuencia del caos creado por los traumas financieros de principios de la década de 1890. Cuando vieron que eso no ocurría y que –por lo menos en algunas regiones– la economía volvía a remontar durante los últimos años de la década, la corriente mayoritaria de los socialdemócratas tomó un nuevo impulso hacia la organización de los sindicatos y los procesos de negociación colectiva. Podían hacer uso de las lecciones que los trabajadores habían aprendido de la crisis: que únicamente un sindicato eficaz podía oponerse a los despidos esporádicos y al empeoramiento de las condiciones de trabajo cuando se producía una crisis económica. En Alemania, en Francia, en Italia y en Gran Bretaña se disparó el número de afiliados a los sindicatos. En 1899, en Dinamarca, el comité central de los sindicatos acordó un sistema de negociaciones anuales con la asociación patronal sobre los salarios y las condiciones de trabajo. Ese acuerdo a largo plazo, el primero en todo el mundo, fue el comienzo de un modelo que poco a poco iba a extenderse a otros países. Provocó que Dinamarca fuera uno de los países menos polarizados del mundo durante la Guerra Fría.

Lo que más detestaba la izquierda radical de toda Europa era la «traición de clase» de que hizo gala el Partido Socialdemócrata danés en sus Acuerdos de Septiembre. Después del balón de oxígeno que supuso para ellos la crisis, los radicales estaban más convencidos que nunca de que el capitalismo muy pronto iba a tocar a su fin, tal y como había pronosticado Marx. Algunos estaban convencidos de que los propios obreros, a través de sus organizaciones políticas, podían contribuir a empujar poco a poco la historia hacia su destino lógico: las huelgas, los boicots y otras formas de protesta colectiva no eran solo

los medios para mejorar la suerte de la clase trabajadora. También podían contribuir a derrocar el Estado burgués. Por consiguiente, en la década de 1890 se asistió a la escisión final entre la corriente mayoritaria de los socialdemócratas reformistas y los socialistas revolucionarios —que muy pronto volverían a denominarse comunistas—, una escisión que duraría hasta el final de la Guerra Fría. La confrontación entre ambas facciones iba a convertirse en una parte importante de la historia del siglo xx.

La aparición de movimientos obreros políticamente organizados supuso una auténtica conmoción para el sistema consolidado de estados de finales del siglo xix. Sin embargo, en aquel momento se estaban gestando otras dos movilizaciones fundamentales, sin que ni el *establishment* político ni sus adversarios socialistas hicieran gran cosa por afrontarlas. La primera eran las campañas de las mujeres a favor de la justicia política y social, que en parte se desarrolló como reacción a las primeras reivindicaciones del derecho al voto por parte de la clase obrera. Algunos se preguntaban por qué se les negaba el derecho al voto a las mujeres, incluso a las burguesas cultas, cuando los obreros varones analfabetos sí gozaban de él. Otros veían cierto grado de solidaridad entre las reivindicaciones de las mujeres —como por ejemplo los plenos derechos económicos y los derechos en el seno de la familia— y las reivindicaciones de la clase obrera, pero probablemente se trataba de una minoría durante la primera oleada de agitación feminista. Sin embargo, el activismo del movimiento resultaba llamativo, sobre todo en Gran Bretaña antes de la Primera Guerra Mundial. Después de que su aspiración a la plena emancipación política les hubiera sido denegada reiteradamente, las sufragistas eran apaleadas por la policía, y promovían huelgas de hambre en las cárceles. En un caso particularmente impactante, una sufragista murió tras arrojarle a los pies de uno de los caballos del rey en el hipódromo. Las sufragistas británicas y sus hermanas acabaron cosechando victorias por doquier, pero no como parte de la izquierda socialista.

Al mismo tiempo que el feminismo, también iban en aumento las campañas anticoloniales. En la década de 1890 ya empezaba a disiparse el trauma inicial de la ocupación y la colonización en algunas zonas de África y Asia. Armadas con las ideas y los conceptos adoptados de la metrópoli imperial, pero adaptándolos para un uso local, las élites cultas se debatían entre beneficiarse del sistema colonial y oponerse a él en nombre del autogobierno. Los movimientos campesinos también

se opusieron a la influencia de Occidente: puede que los donghaks en Corea, los bóxers en China, o los yihadistas en el norte de África aspiraran a un mundo distinto del que deseaban sus compatriotas cultos, pero también contribuyeron a plantar las semillas de la resistencia anticolonial. Cuando Estados Unidos se embarcó en su primera aventura colonial en Asia –en 1899, en Filipinas– el movimiento local que se opuso a ella estaba formado tanto por patricios como por campesinos. A principios del siglo xx, ya habían surgido las primeras organizaciones anticoloniales: el Congreso Nacional Indio, el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica y los precursores del Partido Nacional de Indonesia.

Al tiempo que los adversarios del capitalismo, del colonialismo y del patriarcado libraban sus batallas contra el *establishment*, también se estaba produciendo un cambio a nivel mundial en el sistema internacional de los estados. En Europa y Asia oriental, Alemania y Japón reforzaban sus posiciones. Pero el cambio más llamativo tenía lugar en la periferia europea. Europa –o más exactamente, una parte de Europa occidental– había gozado del predominio militar a escala mundial desde el siglo xvii. Además, a partir del siglo xviii, unas pocas regiones de Europa occidental habían adquirido una enorme relevancia económica mundial en términos de innovación, sobre todo Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. Sin embargo, a finales del siglo xix, los gigantescos estados de la periferia de Europa –imperios de características especiales– estaban recuperando terreno, y en algunos casos superando a los principales países europeos. Rusia y Estados Unidos eran muy diferentes en términos de su política y su organización económica. Pero ambos se habían expandido a grandes distancias hasta arrebatarle enormes cantidades de territorio a los pueblos situados en sus fronteras. La superficie de Estados Unidos había aumentado diez veces respecto a su tamaño original de la década de 1780, desde 975.000 hasta 9.880.000 kilómetros cuadrados. También Rusia había crecido rápidamente desde el comienzo de la dinastía Romanov en 1613, y a una escala todavía mayor: desde aproximadamente 5,2 millones de kilómetros cuadrados hasta 22,3 millones. Por supuesto, Gran Bretaña y Francia también tenían inmensas posesiones coloniales. Pero no eran contiguas, y en su mayoría estaban habitadas por la población autóctona –de ahí que resultara mucho más difícil beneficiarse económicamente de ellas y mantenerlas bajo control a largo plazo.

Como veremos a lo largo de este libro, las ideas y un sentido del destino desempeñaron un papel esencial en la expansión de Rusia y de Estados Unidos. Las élites de ambos países estaban convencidas de que sus estados estaban expandiéndose por una razón, que las cualidades que poseían como pueblos les habían predestinado para la hegemonía en sus respectivas regiones y –en última instancia– a escala mundial. En su intento por alcanzar la hegemonía, ambas élites tenían la sensación de que estaban cumpliendo con una misión en nombre de Europa. Al descender de un linaje europeo, en cierto sentido ambas se habían involucrado en un proyecto para globalizar Europa, para extenderla hasta el Pacífico. Además, algunos de sus líderes intelectuales creían que, al hacerlo, sus propios pueblos iban a hacerse más europeos, que iban a estar más centrados en los valores europeos y más dispuestos a llevar la carga del imperio en una era imperial. Pero al mismo tiempo, en ambos países algunos consideraban que su expansión era radicalmente distinta de la de los imperios europeos. Mientras que los británicos y los franceses iban en busca de recursos y de ventajas comerciales, los rusos y los estadounidenses tenían unos móviles más elevados para expandirse: difundir las ideas de la iniciativa y la organización social, y salvar almas, tanto en la política como en la religión.

El papel de la religión es importante tanto en el bando estadounidense como en el ruso.⁷ Si bien la posición de la fe organizada ya estaba en declive en Europa (y también en muchas otras partes del mundo) a finales del siglo XIX, para los rusos y los estadounidenses la religión seguía ocupando un lugar central en sus vidas. En cierto sentido, había similitudes entre el protestantismo evangélico de Estados Unidos y el cristianismo ortodoxo de Rusia. Ambos hacían hincapié en la teleología, y la certidumbre de la fe estaba por encima de lo habitual entre otros grupos cristianos. Al no afectarles el concepto del pecado original, ambos creían en la perfectibilidad de la sociedad. Y lo más importante, tanto los evangélicos como los ortodoxos creían que sus respectivas religiones eran la fuente de inspiración de sus políticas en un sentido directo. Ellos eran los únicos dispuestos a cumplir los planes de Dios para el hombre y con el hombre.

De diferente manera, la entrada de Estados Unidos y de Rusia en los asuntos mundiales estaba teñida por la rivalidad que cada uno de ellos tenía con la potencia mundial dominante a finales del siglo XIX, Gran Bretaña. A los estadounidenses les agraviaban los privilegios comerciales británicos en ultramar, y consideraban que su proclamación

del libre comercio y de la libertad de inversión era moralista e interesada. A pesar de la admiración que sentían muchos miembros de la élite estadounidense por las costumbres británicas, a finales de la década de 1890 los dos países rivalizaban cada vez más por la influencia, sobre todo en América del Sur, el primer continente donde se había asistido al aumento del poder mundial de Estados Unidos. También en Rusia, el sistema mundial británico se veía como el principal obstáculo para el ascenso ruso. Desde la guerra de Crimea, en la década de 1850, cuando una coalición encabezada por Gran Bretaña impidió que Rusia se hiciera con el control de la región del mar Negro, muchos rusos veían a Gran Bretaña como una potencia hegemónica antirrusa, decidida a frustrar el ascenso de su país. Los intereses británicos y rusos chocaban en Asia central y en los Balcanes, y en 1905 el apoyo británico se consideró un factor primordial para la victoria de Japón en su guerra contra Rusia. A diferencia de Estados Unidos, Rusia no gozaba del desarrollo económico que podía convertirla en Estado sucesor de Gran Bretaña como potencia hegemónica capitalista mundial. Pero el germen del ascenso de Rusia –en su modalidad marxista soviética– como potencia antisistémica global residía en su combinación de expansión territorial y de atraso económico.

Aunque la Guerra Fría supuso el ascenso internacional de Estados Unidos como el sucesor de Gran Bretaña, sería totalmente erróneo considerar que dicha sucesión fue pacífica o suave. Durante la mayor parte del siglo xx, Estados Unidos supuso una influencia revolucionaria en la política mundial y en las sociedades de ultramar. Eso es igual de válido para sus efectos tanto en Europa (incluida Gran Bretaña) como en América Latina, Asia o África. Henry James no iba muy desencaminado cuando, a finales de la década de 1870, consideraba que su héroe americano era «el gran bárbaro occidental, que avanza con su inocencia y su poderío, parándose un momento a contemplar este Viejo Mundo decadente, para después abalanzarse sobre él». ⁸ Estados Unidos era un alborotador internacional, que al principio se negaba a cumplir las normas que había establecido la hegemonía británica durante el siglo xix. Sus ideas eran revolucionarias, sus costumbres resultaban ofensivas, y su doctrinarismo era peligroso. La hegemonía estadounidense no empezó a asentarse cómodamente a escala mundial hasta que la Guerra Fría empezó a tocar a su fin.

Por consiguiente, la Guerra Fría tuvo sobre todo que ver con el ascenso y la consolidación del poder de Estados Unidos. Pero también tenía que ver con muchas otras cosas: con la derrota del comunismo de estilo soviético y con la victoria, en Europa, de una forma de consenso democrático que había llegado a institucionalizarse a través de la Unión Europea. En China, significó una revolución política y social que llevó a cabo el Partido Comunista de China. En América Latina supuso el aumento de la polarización de las sociedades a ambos lados de las líneas divisorias ideológicas de la Guerra Fría. Este libro pretende mostrar la relevancia de la Guerra Fría entre el capitalismo y el socialismo a escala mundial, en todas sus variedades, y en ocasiones con todas sus confusas incoherencias. Por tratarse de una historia en un solo tomo, este libro no puede hacer mucho más que arañar la superficie de unos acontecimientos complicados. Pero habrá cumplido con su cometido si logra incitar al lector a explorar más a fondo la forma en que la Guerra Fría hizo del mundo lo que es hoy en día.